

UN ASILO DE PAJAROS

Por Gil de Madrid

Eran las once de la noche y dábamos vueltas y más vueltas al arco de Monteleón. El poeta Mariano "el Pollero" nos había dicho: —¡Que sí, hombre, que sí; que en Madrid hay un asilo de pájaros!

—¿Dirección?

—Cerca del cine Dos de Mayo. Yo lo he visto. Madrid es ilimitado. ¡Si fuera en Montmartre ya estarían haciendo reportajes!..

Preguntamos en una tasca que está abarrotada de gente.

—¡Venimos a visitar a un pájaro enfermo!....

—Sí, algo hemos oído de eso, pero no sabemos..

El sereno de la calle de Malasaña nos lleva al de la calle de Ruiz; el de la calle de Ruiz, el del Dos de Mayo.

—¿Buscan el teatro Maravillas?

—No, Buscamos un asilo de pájaros. Un sanatorio de aves que hay aquí cerca.

El sereno nos lleva ante el número 2, y, como el cicerone que muestra "Las lanzas", de Velázquez, exclama:

—Aquí es. Es un señor muy curioso. Vuelva usted de día..

Nos hallamos ante un piso bajo un sótano con puerta y dos ventanas, pintadas con decoraciones de teatro. Coldres frescos, alegres. Hay pintados pájaros, mariposas, balastradas, árboles..... Una muestra que dice: "Asilo de aves". Y un letrero, colgado, en el que puede leerse: "No se venden pájaros. ¡No molesten!"

Volvemos de día.

La casa está cerrada, igual que de noche. Preguntamos en la carnicería de la esquina:

—¿Por dónde se entra al Asilo de Pájaros.

—Por la puerta que está pintada. ¿Es que no le abren?

—No.

—Habrán salido. Cuando salen, erran. ¿Venía a verlo?

—Sí.

—Emilio Canguas.

—¿Vive solo?

—No; con su señora. Llame usted fuerte. Tuvieron antes otra casa, que llamaban "la casa de los Mirlos".

Volvemos.

Las modistas de un taller de enfrente miran por los cristales estos movimientos. Seguimos llamando. Tienen cara de pensar. Algún chiflado de los pájaros"

De pronto, una voz:

—Un amigo.

—¿De quién?

—Suyo y de los pájaros—decimos.

—El paso, franco.

La puerta se abre, y nos encontramos en una casa de Honorato de Balzac, con personajes arracandados de sus libros. También nos recuerdan a los Durtal, los famosos camareros de Huysmans.

Estamos en una pieza llena hasta el techo de trastos, objetos, cajas de puros, quincalla, papeles, vitrinas, frascos, jarrones de porcelana, una piedra de afilar, muebles viejos, cachivaches infinitos.

—¿Puedo ver la casa?

—Sí, señor; pase usted. Y perdone, porque estoy todavía cojo. ¡La maldita ciática!....

Es un hombre muy delgado, de setenta años, con el pelo blanco en desorden. Seguramente, Diógenes era así. Es una cabeza de estudio, un viejo de película, Le ayudamos a ponerse la americana. Lleva un chaleco negro que le cubre todo el cuerpo, y al cuello, una bufanda.

—Pase usted y vea..

La segunda estancia está cubierta por decorados de teatro que representan palacios, terrazas, jardines. Todo muy caprichoso y con motivos y flora tropicales. A la entrada de un edificio, un busto y un letrero: "Don Emilio Yanguas. 1933." Los decorados de las otras paredes representan motivos andaluces: jardines, ventanas, rejías.

—¿Pinta usted?

—Sí, Todo lo he hecho yo....

—¿Se compone usted mismo los colores, como Leonardo?

—Sí. Yo me lo hago todo. Me gusta, me distraigo. ¡Ahora ya no veo bien!

Tiene boteg con colores entre otros mil objetos: nuevas pilas de cajas de puros, un cajón con un hule que sirve de mesa, un rincherero, montones de cosas inservibles, una pila de platos que se abre y hay dentro cinco hueveras para presentar huevos pasados por agua con leyenda francesa antigua refiriéndose al Rey Dagoberto..

En esta habitación, alegres pajarillos vuelan por encima de nosotros y cantan como en los árboles de una alameda. En un columpio hay cinco o seis. En la mesa, tres jaulas con otros tres. Las jaulas

están abiertas y los pájaros entran y salen. Hay verderones, jilgueros, canarios, gorriónes, tordos, mirlo. Nuestros pies tropiezan con algo. Son dos pichones blanco. De pronto pasan dos gallinas cacareando. Allí todas las aves se entienden, todos son amigos.

—¡Emilio!.. ¡Ven!

—¿Quién es Emilio?

—El gorrión, que está en la jaula. No quiere salir porque le ha visto, pero ahora saldrá.

Efectivamente. Don Emilio le muestra un cañamón y el gorrión sale de la jaula y se pasea muy ufano por la mesa.

—Está ya curado.

¿Qué le paso?

—Cayó de un alero a la acera. Le traje aquí muy pequeñito y le di café con leche. Ahora ya no lo quiere tomar el muy fresco...

El gorrión está gordísimo y nos mira de modo insolente.

—¡Gayarre! Canta.

Tiene un voz muy bonita, que hace honor a su nombre.

Y Gayarre empieza a cantar.

—Aquellos son "Los tres moqueteros", porque siempre están juntos...

—¿Pero es efectivamente un asilo?

—Pues sí, porque pájaro que me traen herido o lesionado, pájaro que curamos por afición.

—¿No tienen ustedes hijos?

—No. Hoy tiene hijos cualquiera. ¡Hoy los hijos los mantiene el Gobierno!

Aparece la esposa de Don Emilio, una señora de muy poco menos edad, envuelta en una bata, que va y viene con cosas.

—¿Como se llama usted?

—Anastasia.

—¿Madrileña?

—No, de Toro.

—¿Felices en matrimonio?

—Felicísimos, gracias a Dios. ¡Las mismas aficiones!...

—¿Ha conocido usted otros países?

—Estuve varias veces en Fernando Poo. Primero solo; luego, con ella.

—¿Y les gustaba?

—Sí. Ya lo creo. También hubiéramos querido ir a Cuba.

Don Emilio ha sido vendedor ambulante en el Rastro madrileño del "Rastrillo" de Monteleón, y ha vivido muchos años en la calle de

la Palma, en una buhardilla que tenía decorada de modo muy original.

—Nos echaron porque compré la casa otro señor y entonces se podía hacer eso. Ahora no nos hubiera echado nadie... Cuando fui al Juzgado y vi cómo abrazaban y recibían al nuevo propietario les dije: "Señores, me marchó, porque no tengo nada que hacer aquí".

El suelo de la casa es de tierra y arena para que se paseen los bichos.

—¿No tienen gato ni perro?

—No; sería un peligro para los pájaros.

Curioseamos otras cosas. Las cajas de puros contienen infinita variedad de piedras, abalorios y cuentas de pasta para collares e imitaciones.

—Las joyerías vienen a buscar las aquí cuando hacen imitaciones.

—¿Y detrás de este telón?

—Una colección de sellos.

Los pájaros siguen trazando zigzags sobre nuestras cabezas. Los pichones se arrullan: la señora da una voz a la gallina y viene...

—¿Son agradecidos los pájaros?

—Mucho. Menos los seres humanos todos son agradecidos.

—Y en verano, ¿no se le escapan los pájaros con todo abierto?

—En verano los saca a la calle. Los vecinos los conocen.

Nos despedimos del matrimonio:

—Adiós.

Ya sabe que ha tomado posesión de su "jaula"...

"He aquí—pensamos—un matrimonio feliz, que vive como quiere". Salen a despedirme hasta la puerta, muy señores.

—¡Vaya con Dios! ¡Y no deje de venir en primavera!... ¡Los telones estarán cubiertos de hojas!...

PARA PIORREA
DR. E. R. ALDECOA
COLLEGE OF ORAL AND
DENTAL SURGERY
858 Oroquieta Tel. 3-81-71